

«¿Quién, pues, aconseja á este gabinete, tan poco diestro en su política extranjera, escederse á sí mismo cuando toca á nuestros negocios? ¿Quién le ha pintado la España al revés? ¿Cómo se imagina que su influencia se afirmara precisamente por los medios que la arruinan? ¡Y luego la oiremos quejarse de España!»

Algunos días, mas tarde, BALMES escribía y publicaba lo que sigue:

«La revolucion de julio de 1830 no es el término de la revolucion francesa; no es sino una fase..... Cuando la Francia intentaba algunos medios á favor del Conde de Montemolin, nos hemos apercebido ya que el problema del casamiento de la Reina de España, arreglado definitivamente por el gabinete francés, como una ecuacion, en la que figuraban dos cantidades, una constante y otra variable. La cantidad constante era esta: de una manera ó de otra el Duque de Montpensier se casará con la Infanta. La cantidad variable era: para marido de la Reina el Conde de Trápani, ó de Montemolin, ó el Infante D. Enrique ó D. Francisco.»

Tal era en la pluma de BALMES el comentario de nuestro resultado diplomático: ¡resultado triste, cuando se reflexiona en el papel que la Francia pudo haber representado, adoptando en la cuestion del matrimonio de la Reina de España, una política de justicia y de reconciliacion!

XXIII.

Evidentemente el *Pensamiento de la Nacion* habia concluido su tarea. El lenguaje de BALMES no podia ser de allí en adelante sino una recriminacion: por eso el escritor se redujo á silencio. El 31 de diciembre de 1846, cesó de publicarse su periódico, que llevaba tres años de existencia. Al suprimirlo, preferia BALMES su dignidad á sus intereses; puesto que dicha publicacion tenia numerosos lectores, y reportaba á su fundador una ganancia muy grande (1).

En el mes de mayo siguiente, BALMES recojió en un volumen sus diversos *Escritos políticos*. Parecia con esto despedirse de estos estudios á que era tan apasionado. Un prospecto, anunciando esta obra, contiene el último epílogo acerca del asunto del matrimonio de la Reina. Seis meses

(1) «Causó disgusto la desaparicion del periódico de Balmes.» Escribe, escribe, decia Ristol á su amigo.—«Querido Antonio, no puedo acceder á tu deseo: razones superiores me obligan al silencio.»—«Sus ojos estaban llenos de lágrimas, añade Ristol, no porque se sintiese herido en su amor propio, sino porque preveia desastres á que su pluma no podria poner remedio.»—«Nunca, nunca, me decia, hubiera esperado un día tan amargo y tan cruel como aquel en que me anunciaron el casamiento de la Reina.»—«La única esperanza que nos quedaba, se desvaneció para siempre.»—«A propósito del rey de los franceses, me dijo: Este soberano, mal aconsejado, contribuyendo, como lo ha hecho, al matrimonio de nuestra Reina, ha pronunciado él mismo su sentencia de muerte.»

trascorridos, habian dado ya una esperiencia cruel: acaso desde aquel momento los altos personajes del partido *moderado*, la grandeza, sobre todo, sentian no haber intervenido con valor en aquella gran cuestion nacional. La elevacion del rango y de la fortuna, es tambien una autoridad, y toda una autoridad es responsable de las fuerzas que no emplea, lo mismo que de las que emplea mal.

«Probablemente el premio de su triunfo para la corte de la Tullerías, será una inquietud cruel que ya la desazona: pero sobre España pesarán mas duramente las consecuencias de este negocio. Algunos de los que han favorecido el doble matrimonio, quizá habrán recibido en recompensa magníficas condecoraciones: dia vendrá en que abrumados de los amargos recuerdos que serán el fruto del servicio prestado por ellos, se tendrán por felices en olvidar á la vez el servicio y y la recompensa.»

Asi escribia BALMES el 31 de noviembre de 1846, un mes despues de las régias bodas. Hé aqui cómo el 31 de julio de 48 se espresa á su vez D. José Maria Cuadrado. Rogamos al lector que note las fechas con cuidado.

«Las *Consideraciones políticas acerca de España*, los brillantes artículos publicados en la *Civilizacion y la Sociedad*, habian sido un preludeo del *Pensamiento de la Nacion*. BALMES bajó por fin á la are-

na. Una multitud de personas se sorprendió de hallar inscritos en su bandera pensamientos que estaban grabados en el fondo de sus corazones. Desde entonces, los elementos dispersos tuvieron un centro de atraccion: los sentimientos generosos se despertaron: y en lugar de admirarse de las verdades ya proclamadas, causaba admiracion de que lo hubiesen sido tan tarde. BALMES no creó la opinion nacional, pero sí la organizó y la dió vida. Esta candidatura (del Conde de Montemolin) en la que descansaba su sistema, no se ha borrado de la memoria de los que alejaban este pensamiento con tanta diligencia hacia algunos años. Para despreciar su exámen ¿no era necesario toda la fatuidad doctrinaria? En medio de los conflictos actuales, al aspecto de las amenazas mas terribles que oculta el porvenir, las miradas ahora se dirijen hácia este proyecto de conciliacion anonadado para siempre. La duda se hace menos presuntuosa y aun acaso se ha permitido sospechar un tardío arrepentimiento.»

XXIV.

En uno de los pocos viajes que le condujeron á Vich, en medio de los recuerdos y de las amistades de su infancia, BALMES se paseaba una

tarde en compañía de aquel canónigo Soler, que habia sido una vez su competidor para hacerse despues su confidente y su guia. Las cimas gigantescas de dos montañas catalanas, la *Monseny* y la *Tangamanent*, se erguia delante de ellos en un cielo sereno. «¡Qué espectáculo magnífico!» dijo BALMES; gozo tanto en admirar desde lo alto de estas cimas inconmensurables, la omnipotencia de Dios y pensar en la eternidad! «Si pudieseis disponer de algunos dias en mi obsequio, iriamos juntos á una de estas cumbres á verificar un retiro espiritual y reconcentrarnos en las atracciones metafísicas. Allí, alejados de todo punto, de todo ruido, nuestros pensamientos se fijarian únicamente sobre nuestro Divino Criador. Empleariamos la mitad del tiempo en fortalecer nuestras almas con este alimento espiritual de que tiene constantemente necesidad; y el resto le consagrariamos á meditar sobre los puntos mas importantes de las ciencias filosóficas.» Esta proposicion fué aceptada, y su ejecucion diferida hasta el momento en que la hiciesen realizable las ocupaciones de los dos amigos.

En esta época, BALMES, daba la última mano á una de sus mas grandes obras. En un libro titulado *Filosofía fundamental* acababa de consignar en fin la expresion, la forma definitiva y coordinada de aquellas meditaciones filosóficas co-

menzadas en la celda del estudiante de Cervera. Veinte años habian transcurrido; numerosos volúmenes, infinidad de escritos habian salido del pensamiento y de la pluma del escolar hecho ya célebre; pero hasta el año de 1846 permaneció intacto en el fondo de su inteligencia el tesoro silencioso recogido por él en las páginas de Santo Tomás de Aquino. Precisamente en el momento en que la política ocupaba y removia mas las potencias de su alma, es cuando se sintió en disposicion de dar luz y vida á sus concepciones abstractas. Los diez libros de que se compone la *Filosofía fundamental* fueron escritos durante el periodo mas agitado de la vida de BALMES.

Acaso la inteligencia del escritor encontraba en este doble trabajo una especie de alivio. Dos mundos distintos se abrian y cerraban alternativamente delante de ella. El publicista inquieto, apasionado, entusiasmado reposaba y se espaciaba en sus contemplaciones que hubiera querido gozar al lado de un amigo en las cimas del Tangamanent.

Con todo eso no se crea que la *Filosofía fundamental* es un libro de idealidad vaga, de meditacion filosófica: de ninguna manera. En ella domina el espíritu Aristotélico, esto es, matemático, exacto. Tal es, como todos saben, uno de los caracteres de la filosofía de Santo Tomás, carácter que en este doctor se halla unido á un poder

de intuición, por decirlo así, parecido á la *vision angélica*. Algo parecido á esto se nota en la filosofía de BALMES. A diferencia de un gran número de entendimientos por otra parte ilustres, el autor de la *Filosofía fundamental* se eleva á las mas altas contemplaciones, desciende y vuelve á subir, sin perder un solo instante la facilidad, la sencillez, la claridad que son las cualidades habituales de su talento. En ninguna parte es su pensamiento lucido, ni su lenguaje mas trasparente que en sus tratados de metafísica: mérito extraordinario que reunido á un alto poder de penetración constituye ciertamente un espíritu filosófico de primer orden. Los cuatro volúmenes de la *Filosofía fundamental* fueron publicados en el transcurso del año 1846. Mas adelante se verá un análisis y algunos extractos de esta obra que BALMES compuso principalmente con la mira de sustituir una filosofía sana, juiciosa, á esos incalificables sistemas que, salidos de las orillas del Rhin, penetraban hasta en España, engalanados con una fraseología sonora por la pluma de nuestros eclécticos. De esta manera, la escuela semi-protestante semi-panteísta de Alemania y de Francia, se veía combatida por el escritor español en los dos terrenos que por ella estaban invadidos; el de la política y el de la filosofía. BALMES creía, y con razón, que su obra prestaría no menor utilidad á la Francia que á su patria. Desde el ve-

rano de 1845, época de su segundo viaje á Francia, quiso asociarme á su empresa para que le prestase mi humilde cooperación (1).

Mas para llegar al fin que se habia propuesto, no debia limitarse á un tratado de filosofía trascendental. Con objeto de poner sus doctrinas al alcance de los colegios y las universidades convenia reducirlo á proporciones mas sencillas. Este fué el plan de otra obra titulada *Curso de filosofía elemental* (2), la cual dividida en cuatro partes, Lógica, Metafísica, Moral é Historia de la filosofía, presenta bajo una forma clara, compendiada y metódica, un resúmen completo de la ciencia filosófica.

XXV.

BALMES habia concluido la publicación de estas dos obras en la primavera del año 1847. En aquella misma época se hallaba en prensa la Colección de sus *Escritos políticos*. Desde seis meses

(1) Circunstancias cuyo recuerdo ahora es amargo para mí, me impidieron acompañarle á España cediendo á sus invitaciones, para traducir bajo su inspección la *Filosofía fundamental*; despues, ya terminada la obra, ha sido confiada á la pluma de los RR. PP. Benedictinos de Solesmes. Nuestro público sentirá sin duda que estos editores me hayan hecho tomar otra vez el trabajo de traducirla á nuestro idioma. Dos amigos míos, tan apreciadores como yo del mérito de Balmes, quieren ayudarme para una traducción completa de sus obras filosóficas.

(2) Cuatro cuadernos. Madrid 1847.

antes habia desistido de toda publicacion periódica. Gozaba entonces de un intervalo de libertad.

Su salud quebrantada le obligaba á procurar distracciones en un viaje. Su amigo D. Pedro de la Hoz, una de las lumbreras de la prensa monárquica en España (1), pasaba á tomar baños en Ontaneda, provincia de Santander. BALMES le acompañó. Este viaje ha proporcionado á los biógrafos detalles muy interesantes acerca de sus costumbres y pensamientos familiares. D. Pedro de la Hoz en una carta que se ha dado á la imprenta, esplana los recuerdos que el trato íntimo con su compañero de viaje le habia dejado (2).

Despues de haber permanecido un mes en las montañas de la costa de Cantabria, dirigióse BALMES á París en compañía de D. F. M. de la Hoz, hermano del publicista. Aquella era la tercera vez

(1) Director del periódico *La Esperanza*.

(2) En ella leemos la siguiente anécdota:

«Al subir las ásperas montañas de Cabarga y del Castillo de Solares, en uno de los hermosos sitios sombríos de aquel terreno, encontramos al cura de la vecina aldea, D. J. de Rubalcaba, dando leccion de gramática á un niño de la parroquia. Este era un jóven sacerdote conocido mio, gran admirador de Balmes, cuyas obras conocia, pero á quien jamás habia visto. El cura se empeñó en acompañarnos.» Señor cura, le dije cuando íbamos caminando, sigue usted leyendo las obras de Balmes, ¿qué le parecen á usted? Las leo, contestó el eclesiástico, siempre que puedo, y puedo aseguraros que cada dia me agradan mas. ¡Qué sabiduria! ¡Es la pluma de un ángel! Sin duda Dios..... Yo dirigí una maligna mirada á Balmes. Su rostro se habia encendido y apresuradamente interrumpió al sacerdote. «No diga usted mas, señor cura: está usted demasiado ilusionado. Este D. Pedro está burlándose de nosotros y no ha dicho á usted que yo soy ese Balmes de que le ha hablado.» Yo reí á carcajadas. El pobre cura no podía creer lo que habia oido, y fué menester que Balmes repitiese su declaracion.

Noticia etc.: por D. B. de Córdoba.

que visitaba la Francia; en ella pasó poco mas de un mes. A mediados de octubre ya se hallaba de regreso en Madrid.

Los régios enlaces que el año anterior se habian verificado bajo la influencia del gobierno francés; los síntomas cada dia mas visibles de aquella corrupcion intelectual y moral que conmovia el seno de la Francia y amenazaba estenderse desde él á toda Europa; mil recuerdos, mil previsiones inquietas, un mal apagado enojo, vertian un sentimiento de amargura en la mayor parte de las impresiones que BALMES recibia entre nosotros. Como es sabido, su primera visita á París habia dejado en su ánimo un sello de ansiedad y de tristeza; y esta predisposicion á criticar y á condenar á la Francia, tomó incremento despues. ¡Ah! cuando tomemos en cuenta las razones que lo esplican, ¿no nos será necesario cierto valor para censurar con severidad ni aun su mismo esceso?

Por otra parte, nada nos autoriza para decir que BALMES ha traspasado los límites de la estricta equidad al formular su juicio acerca de la Francia. Al regresar á su pais decia: «Acabo de notar en Francia síntomas semejantes á los que precedieron en 1830 á la caida de Carlos X.» Una conversacion que tuvo el año anterior con el canónigo Soler descubrirá los pensamientos que hacia mucho tiempo ocupaban su mente.

«Doctor D. JAIME, decia el canónigo de Vich,

estoy aturdido, consternado, cuando considero esas doctrinas socialistas, racionalistas, estendidas por algunos escritores del extranjero. La sociedad reposa sobre bases que no pueden ser alteradas sin que venga á tierra el edificio. Estamos viendo que la propiedad es declarada *un robo*: la religion se encuentra ultrajada; todos los diques que contenian el torrente de las pasiones han sido rotos: la autoridad está hollada ignominiosamente. Si tales doctrinas se propagan ¿podrá continuar existiendo la sociedad? ¿O es acaso que llegamos al fin del mundo?—No, no, mi querido canónigo. Pero lo que parece indudable es que marchamos á una disolucion social ó á un estado de sociedad tal, que toda la humana prevision es incapaz de adivinarlo. Sí; como Dios no nos ilumine, como esas escuelas insensatas consigan favorable acogida, volveremos á los siglos de la barbarie. La primera víctima de estas doctrinas será la Francia: todas mis observaciones durante mis viajes, me han inspirado esta opinion.»

Se ve, pues, que en aquel momento, BALMES solo divisaba un destello de esperanza; el auxilio de la divina misericordia. Poco despues, esta esperanza se habia fortalecido. Un hombre apareció como la prenda que el cielo daba á la tierra. Este hombre era el soberano Pontífice Pio IX.

XXVI.

Ya hacia mas de un año que Pio IX ocupaba la cátedra de S. Pedro. La Italia, la Europa entera se hallaban conmovidas por los grandes actos que marcaron los primeros momentos de su pontificado. BALMES todavia nada habia manifestado ni en su periódico ni en otro escrito alguno. Una vez le hizo observaciones sobre tal silencio su colaborador en el *Pensamiento de la Nacion*, el jóven D. B. Garcia de los Santos, y BALMES le contestó: «Aun no es tiempo.»

Podíase observar, sin embargo, cierta especie de parentesco espiritual entre el Pontífice y el escritor. El obispo de Imola, durante sus misiones diplomáticas en la América del Sud, habia tenido ocasion de familiarizarse con el idioma en que BALMES escribia; sus obras le eran conocidas, y aun se añade que las leia con suma atención. El mismo BALMES decia un dia riendo: «El Papa y yo nos hemos encontrado.»

Tambien BALMES habia emprendido en su patria y aun realizado hasta cierto punto un proyecto análogo al que alimentaba el gefe de la cristiandad. Reconciliar los tiempos modernos con las instituciones de lo pasado; estender cuanto fuese